

Una familia Asturiano-Gallega haciendo las Américas por el Mundo

Raúl Soutelo Vázquez

Ángeles Quesada González es una espléndida narradora, tan amena como metódica, que conserva la memoria oral y fotográfica de su familia, cuyos miembros emigraron a América Latina y a Europa, durante cuatro generaciones. Hija primogénita del matrimonio emigrante formado por el asturiano Ramón Quesada González y su sobrina, la pontevedresa Carmela González Díaz, nació en 1923 en La Habana. Viajó a Galicia acompañando a su madre enferma que retornaba para tomar las aguas, pero murió prematuramente. La abuela materna se encargó de ella hasta que regresó su padre y ambos se instalaron en la casa que había mandado construir en Asturias.

La senda vital de Ramón Quesada sigue el patrón de la emigración asturiana que ha estudiado Juaco López a partir del epistolario de una familia de Valdés. El padre de estos había retornado de Cuba con un pequeño capital, que invirtió en reformar la casa paterna y vivir con cierto desabogo hasta que murió en 1919. Casó con una mujer mucho más joven, que le sobrevivió hasta 1956. Tuvieron diecinueve hijos, de los cuales vivieron diez que desarrollaron una estrategia migratoria similar a los Quesada. Los ocho varones fueron marchando a Cuba y desde allí, a Argentina o a México, después de cumplir los trece años de edad y antes de los dieciocho. Sus dos hermanas se casaron con primos establecidos allí, Elena lo hizo en 1913, a los ventidos años, con su primo Antonio, que tenía negocios en Cuba y Cristina con otro primo emigrado en México. Establecieron así una red triangular alrededor del Golfo de México, que tenía sus vértices secundarios en Ibor City y Puerto Rico, y que mantuvo el contacto con la casa natal durante dos generaciones¹.

Ramón Quesada se dedicó a explotar sus tierras y ganados, participó en los avatares políticos locales durante el periodo republicano y fue asesinado en 1937. Ángeles tuvo que volver entonces con su abuela de Pontevedra y allí conoció al hijo de un matrimonio ourensano, que habían retornado de Belem de Pará (Brasil). Se casaron y este emigró a São Paulo para pagar las deudas contraídas en una fracasada iniciativa comercial. Tuvo que retornar sin hacer las Américas y fue Ángeles quien lo intentó entonces, marchando sucesivamente, con sus hijos mayores a Francia y a Suiza durante los

¹ Véase LÓPEZ ÁLVAREZ, J., 2000, "Cartas de América. La emigración de asturianos a través de la correspondencia. 1864-1925", *Revista de Dialectología y tradiciones Populares*, LV, 1, pp. 81-120, en especial, pags. 84 y 105.

años 1960. Conocimos su historia en marzo del 2000, gracias a la colaboración entusiasta de su nieto David Dacosta..

Mis antepasados por parte de mi madre, los González vienen de Tresmonte en Asturias, marcharon a Cuba que mi abuela ya era cubana y mis primos nacieron allí, pero la casa cuna de estos González está en Arriondas. Mi padre se llamaba Ramón Quesada González, de Toraño (Asturias), y mi madre era María del Carmen, pero le llamaban Carmela González Díaz, de Cuba. Ella nació en Cuba y yo también. Volví de pequeña para Asturias con mis abuelos y cuando murió su padre, marcharon para Pontevedra con mi tío, con el ‘padinito babudo’ que le decíamos. Mi abuela se llamaba María Díaz Delgado y mi abuelo materno se llamaba Ramón González Díaz, era sastre, murió en Asturias en 1898, jovencito de treinta y tres años. Fue el primero que emigró, mi abuelo, el padre de mi madre.

Mi padre la primera emigración que hizo fue a Madrid. Emigró a Madrid porque eran muchos hermanos y mi abuelo tenía solo un rebañito de cabras y unas tierrucas que decimos en asturiano. Los Quesada son oriundos de Cantabria y marcharon luego a Andalucía, pero la casa de mi padre era de Asturias, en Toraño. El padre de mi mi padre no salió de Toraño, tenía un rebaño de cabras y era muy buen pescador, que un día, viendo un periódico venía un artículo que decía “los mejores pescadores del río Sella” y mi sorpresa fue cuando leo y aparece mi abuelo que se dedicaba a pescar el salmón para hacer unas perrucas y ayudar a ganar para los hijos. Así que mi padre, la primera emigración que hizo, fue a Madrid porque en casa eran mucha gente y había poco que hacer. Marchó para Madrid con diecisiete años y para Cuba con dieciocho o diecinueve. En Madrid repartía periódicos y vendía fruta. Compró unas alpargatas y las ponía los domingos nada más para que le duraran, por la semana andaba descalzo. Pero aquello no le parecía rentable, se vino otra vez para casa y mi abuelo, por lo visto, pidió un préstamo sobre lo poco que tenía para que él se marchase a Cuba. Y fue para casa de este primo, que le dije ya que eran primos hermanos y que estaba casado con mi abuela. Lo emplearon en un estanco, que allí se llaman ‘vidrieras’. Me siento orgullosísima de decir que soy hija de Ramón Quesada, porque era un verdadero señor: de cuna muy humilde, de lo más humilde que pueda haber, pero todo lo que tuvo fue él quien lo ganó, nadie le dio nada, que todo lo ganó él. Fue un indiano con mucha suerte y se educó a si mismo, porque allá él trabajaba de día y estudiaba de noche, que se hizo socio de la Quinta Covadonga asturiana para estudiar, porque por ella le pertenecía sanatorio y colegio. Mi padre aprendió a escribir y a contar allí, que cuando fue para allá única y exclusivamente firmaba, y después no había quién lo engañara y verá que letra más bonita tenía. Él era muy trabajador y muy ahorrador y el dueño de la vidriera que estaba muy contento con él, se la vendió. Mi padre la compró, siguió trabajando y compró otra vidriera más. Luego, cuando le pareció, vendió las dos vidrieras y compró un bar, en la calle Sol, esquina Aguacate, nº 81, en La Habana vieja, hacia el puerto. El bar se llamaba El Sol de París. Mi padre tenía una pensión encima del bar. Una parte era para vivir nosotros y el resto eran habitaciones, era una pensión. Después, mi padre llevó a los sobrinos, que se quedaron allá cuando mi padre se vino.

Mi bisabuelo, por parte de mi madre, tenía nueve hijos y de ellos sólo emigró Emilio tras el mar, los otros fueron para Madrid. Mi abuela, por parte de mi madre, era cubana, se casó muy joven, de quince años, tuvo cinco hijos, enfermó mi abuelo

y vinieron para la Termada, para Tresmonte². Murió mi abuelo y ella se quedó viuda de veinticinco años con cinco hijos. Entonces un hermano de mi abuelo que era mi padrino, le dijo: “yo te ayudo a criar a los hijos y te los estudio”. Este fue el único de los hermanos que quiso estudiar, nosotros le llamábamos “el padrinito ba[r]budo”, era ingeniero jefe de Obras Públicas, murió en el año treinta y uno en Oviedo. Les dió la carrera de maestro a los cinco hijos de mi abuela, que ser maestro o cura entonces era más que ser hoy ingeniero, y a mi madre también se la dió, porque en ese medio tiempo nació mi madre y él fue el padrino de mi madre. El papá de mi madre y mi papá eran primos, porque la madre de mi padre venía también de esa casa de Tresmonte que era de los González, por eso mi padre es Quesada González y mi madre es González Díaz. El suegro de mi padre era su primo. Él era veinte años mayor y le dijo a mi abuela: “María: cuidamela, que ésta va a ser para mí”. Se lo dijo así a mi abuela y efectivamente, se casó con ella. Cuando a mi abuela le murió el marido y vino para Pontevedra, él se siguió escribiendo con mi madre, tengo una carta aquí que es la primera cartita que le escribió mi padre a mi madre:

Carmela, con esta fecha le escribo a mi padre y le mando unos realucos, él te dará en mi nombre 5 dólares, me alegró mucho tu primera carta y por lo mismo quiero que me sigas escribiendo mucho que ya buscaré tiempo para contestarte bastante largo. Dale recuerdos a mamá, a José María, a Alberto y a todos, y tu recibe un abrazo de tu padrino Ramón Quesada, La Habana, mayo de 1910.

Tenía entonces mi madre diez años, nació en 1900 y mi padre en 1880 de modo que el le llevaba veinte años. Después se siguieron escribiendo y mi padre le escribió a mi abuela diciéndole que se quería casar con mi madre, que ella le dijera algo a mi madre y ella le dijo: “¡no, díselo tú!. Yo le daré un consejo, pero yo no voy a influir”. Porque eran veinte años y ella no quería influir en mi madre. Pero mi madre era una persona muy seria y un chico de su edad no le iba, por lo visto que todo esto me lo contó mi abuela, vaya. Entonces mi padre le escribió a mi madre y mi madre le dijo que sí. Mi padre quería casarse por poder, pero mi abuela le dijo que no, le dijo: “¡si la quieres, la vienes a buscar y te la llevas!, pero por poder no se casa mi hija, porque ella sola para allá no se va para allá”. Mi padre vino entonces, para casarse, y si no llega a morir mi madre, no se viene. A él le faltó el norte al faltarle mi madre. Lo último que me dijo cuando ya iba muriendo fue: “Ángeles me voy con ella”.

Se casaron y se fueron para allá, tardaron cuatro años en tenerme a mí y a los dos años de tenerme a mí, nació mi hermano. Pero, en el embarazo de mi hermano, mi madre se puso diabética y mi hermano nació con una falta muy grande al corazón y murió a las treinta horas. Entonces, a ella se le agravó la diabetes y los médicos la mandaron para España, fue la manera de volver para aquí. La mandaron a las aguas de Mondariz en Pontevedra y ella iba muy bien con las aguas, pero hubo un tornado muy grave en Cuba, decían que habían caído árboles, chimeneas, balcones y casas. Mi padre estaba allá y ella, al no tener noticias de mi padre, empezó a pensar que le había pasado algo, le vino una subida de azúcar, le vino un coma y a los veinte y seis años

² Nota del editor: retornaron desde la Habana a la casa familiar del marido, según se deduce más adelante.

se murió. Mi madre murió cuando yo tenía tres años y tengo setenta y seis³. Entonces, mi padre malvendió todo aquello que tenía allá y se vino en el veintinueve. Todos creíamos que se quedaba en Pontevedra, porque mi madre está enterrada en Pontevedra, pero él quiso ir para su tierra. Mandó hacer esta casa, que cuando vino ya estaba hecha y tenía cinco habitaciones, la de mi padre, la mía, la grande, la cerrada y la otra, dos comedores, una cocina y un water, que entonces no había baño. Compró vacas, tierras y aperos de labranza, porque a mi padre le tiraba la tierra y se hizo labrador. Teníamos *llagar* para hacer la sidra, porque teníamos muchos manzanos y había muchas tierras. No es que estuvieran muy juntas, que unas estaban aquí y otras en el otro lado, pero había muchas tierras. Teníamos un chico y una chica permanentes en casa y una barca para pasar el río. Era la casa de un indiano, rodeada toda con un muro. Tenía cerezos, perales, ciruelos, priescos, el tenía de todo y en la huerta plantó cepas catalanas, de esas gordas. Tenía las blancas y las rosadas, negra no. Debajo de la huerta, tenía sueltas las gallinas, llegamos a tener 60. Vendíamos los huevos y vendíamos leche de las seis vacas a cinco reales el litro y los terneros los vendíamos también.

Mi padre se quedó en Asturias y me llevó a mí con él, porque mi madre me trajo con ella y yo estaba con mi abuela en Pontevedra. A mi abuela no le sentó bien, pero era mi padre y estuve con él desde los siete años hasta los catorce que estalló la guerra. A él me lo prendieron y le quitaron todo. Mi padre murió el 16 de octubre del treinta y siete, yo llevaba siete años viviendo con él. Era una bellísima persona, lo quería todo el mundo y, ya digo, cuando vino la guerra, lo mataron y entonces mi abuela me llevó para Pontevedra. El era de derechas y fue alcalde del pueblo durante un año, pero cuando estalló la guerra ya no era alcalde, sólo lo fue un año, porque había un alcalde vitalicio, no se que le pasó a aquel señor y quedó mi padre, pero ya se quitó cuando el otro volvió⁴.

Lo mataron los rojos, que eran los que gobernaban en Asturias, era al revés que aquí. A mi padre lo cogieron preso por varias veces, y le salvó un vecino del pueblo que era comunista, pero una bellísima persona. Mi padre le dejaba dinero cuando lo necesitaba y le daba maíz, habas y de todo un poco, porque tenía varios hijos y la mujer estaba enferma de tuberculosis y ellos tenían muy poco. Venía a casa todas las noches a jugar al dominó con mi padre y los vecinos decían: “¿pero tu, siendo de derechas, y él siendo un comunista, como podéis estar juntos?”. Y mi padre contestaba: “¿y por qué no?, lo único es que no hablamos de política. El tiene sus ideas y yo se las respeto, y él respeta las mías”. Pues ése se fue voluntario tres noches a la cheka para que no mataran a mi padre, porque sabía que venía de noche un autobús a buscar a los presos para matarlos, entonces él abría la puerta y dejaba marchar a mi padre al maizal para que se escondiera. Llegaban los de la cheka y decían: “¿Y Ramón?”. “Pues se fue a junto de la hija que hoy es su noche de dormir en casa”. Mi padre tenía derecho a venir a dormir a casa 3 días a la semana porque yo tenía catorce años y, como era menor de edad, le daban ese derecho cuando estaba preso. Y así le salvó la vida por tres veces. Cuando entraron los nacionales cogieron a ese señor porque iba a hacer guardia voluntario, pero mi padre firmó un papel diciendo que bajo su res-

³ N. del E.: Ángeles Quesada explica, más adelante, que su madre murió diabética en 1927.

⁴ N. del E.: Ramón Quesada sustituyó al alcalde depuesto tras la revolución de octubre de 1934, que fue repuesto tras la victoria del Frente Popular el 16 de febrero de 1936.

ponsabilidad y con su palabra de honor afirmaba que ese señor sólo fue a hacer guardia para salvarle la vida, que a nadie tocara y fue la manera de que lo dejaran libre.

En nuestro pueblo no hay carretera que hay tren, y había un jefe de estación que era muy amigo de mi padre y se querían mucho, porque a mi padre también le hacía favores. Cuando íbamos a vender un ternero lo dejaba que lo metiera en el vagón de mercancías y mi padre le daba algo, de estos favores de amigos que no hacían daño a nadie. Tenía muchos hijos y lo trasladaron para Ribadesella, entonces vino a casa y le dijo a mi padre:

- “Ramón, te quería un favor”.
- “Dime: ¿que quieres?”.
- “Que me traigas a los hijos para aquí, para que puedan comer, que yo no tengo que darles en Ribadesella y se me van a morir de hambre”.

Papá le dijo “tu ya ves como estoy yo aquí”, porque estaban dos primas más de Pontevedra y mi abuela, que habían venido a pasar el verano con nosotros, pero en septiembre se marchaban, y el señor le dice: “no importa, solo que les des castañas con leche y borona ya comen, ya no mueren de hambre”. Y mi padre dijo: “bueno, pues tráelos”. Y allí nos ve a todos, ¡mire hasta que punto era bueno mi padre!. Hambre no pasamos porque era una buena casa y teníamos de todo. Teníamos seis vacas, castañas, maíz para hacer borona. Pusimos una fabada asturiana a cocer y llegó el ayuntamiento de Llanes, que eran comunistas y venían escapando. Fueron a nuestra casa porque era la mejor del pueblo y le pidieron a mi padre si les daba de comer. Mi padre dijo: “poned la pota de fabada en la mesa”. Yo le dije: “¡papá que si saben quién eres te matan!”. “Tienen hambre y el hambre hay que quitarla como sea. Me pidieron de comer y de comer se le da a todo el mundo”. Así era mi padre, pero quedamos sin comida para nosotros y, entonces nos dijo: “iros a coger castañas para comer con leche”. Fuimos allá y le dijimos: “tu no vengas que estás muy acatarrado y hace mucha niebla”. “Bueno, así que termine de hacer esto, igual voy”. Vino a las once menos cuarto y a las once estaba herido. Yo estaba allí con mis primos y vi cómo tiraron tres balas. La tercera le dió a él y cuando le dieron ya no tiraron más. A mi

⁵ Brasil recibió cinco millones de inmigrantes europeos (portugueses, italianos, alemanes...) y japoneses entre 1880 y 1970. El 15% de ellos eran españoles, unos 750.000, que arribaron con un promedio de 80.000 anuales desde 1880, concentrándose en los estados de São Paulo, Río de Janeiro, Bahía y Pará, hasta que la crisis económica de 1929 y la política nacionalizadora de Getulio Vargas cerraron esta primera inmigración. El ciclo del café paulista y del caucho de Pará, tuvieron una terrible sordidez, por el alto número de fracasados y explotados en condiciones inhumanas que reflejó el informe del Consejo Nacional de Emigración en 1910. Más de la mitad de los 3.000 españoles que llegaron a Belem de Pará hasta 1912, atraídos por la fiebre del caucho y que malvivían en la miseria más absoluta, eran ourensanos. Proliferaron los hombres enfermos, menores abandonados y mujeres forzadas a prostituirse para ganarse la vida. Otro destino, no menos cruel, fue el tendido del ferrocarril Madeira-Mamoré en el estado de Manaos, donde trabajaron 15.000 españoles, de los cuales sucumbieron más de 7.200 a causa de las enfermedades tropicales Véase, para todo, GÓNZALEZ MARTÍNEZ, E., 1998, “Gallegos en Brasil” en J. A. Escudero, coord., *Españoles de ambas orillas. Emigración y concordia social*, Sociedad Estatal Lisboa 98, Madrid, p. 181-190, en especial página 197; y KLEIN, H.S., 1996, *La inmigración española en Brasil (ss. XIX-XX)*, Fundación Archivo de Indianos, Gijón.

padre lo hirieron a las once de la mañana y murió a las diez de la noche porque le tiraron una bala dum-dum de esas que estallan dentro. Lo llevaron para un hospital desangrándose, pero no lo pudieron operar porque hacía hacia poco que había desayunado y entonces, no le pudieron sacar la bala. Lo último que me dijo, ya con los labios morados y los signos de la muerte fue: “Ángeles no denuncies a nadie porque te puedes equivocar. Pero arriba hay uno que no se equivoca, así que tu tranquila. Y antes de hacer algo a nadie, piensa si lo que vas a hacer, te gustaría que te lo hicieran a ti. Si no te gusta no lo hagas que no está bien. ¡Nunca hagas a los demás lo que no quieras para ti!”. No hablaba ya muy bien cuando lo llevaban y me dijo al despedirse: “Ángeles, al fin me voy con ella”. ‘Ella’ era mi madre, fue lo último que me dijo. Yo tenía catorce años, fui para Pontevedra con mi abuela y estuve dos años viviendo con mis tíos.

Después yo me casé y nos vinimos para Orense. Mi suegra se llamaba Juliana Cid Barros y mi suegro José Rodríguez y mi marido Adamor Rodríguez Cid. Mi suegro era de Vilanova dos Infantes y mi suegra de Xunqueira de Ambía, pero marcharon para Brasil, no sé cuándo ni cómo. Mi suegra marchó de tres años, porque su padre también emigró a Brasil y a los pocos tiempos de estar allá llevó a la familia que había quedado aquí. Eran tres hermanos. Mi suegro marchó para Belem de Pará, se conocieron allí y fue donde nació mi marido⁵. A mi suegro le fue muy bien y tuvo una fábrica de zapatos en sociedad con otro. Después también tuvieron una cadena de dos o tres hoteles y vivían muy bien en Belem de Pará. Pero los socios de los hoteles dijeron que eran muchos y que querían vender al que comprara. A mi suegro no le pareció prudente dar tanto dinero por la parte de los otros dos y entonces dijo que vendía él su parte. También dejó la fábrica de zapatos y se vino para España. Mi suegra no quería venir y le decía: “no hombre, ponemos otro, nos fue tan bien, ponemos otro”. ¡Pero él tiró para aquí, ¡a los hombres como se les meta en la cabeza volver a la tierruca!, y entonces mi suegra le decía: “quedamos en Vigo, quedamos en Vigo”, porque ella me contaba, después: “nené, yo si veo las olas ya digo: ¡estas van pallá, estas van pallá!, y cuando las veo venir digo: ¡estas vienen!”. Mi marido, si viviera hoy, tendría setenta y ocho años y tenía nueve cuando se vinieron de allá. Mi suegro fundó el bar América en la calle del Progreso, frente a la Diputación, y allí estuvo hasta que se murió. Entonces quedó mi suegra al cargo con un hijo y después mi marido también trabajó allí⁶.

Mi marido trabajaba con un médico que se llamaba Feijóo, era farmacéutico, químico y médico, vivía en la calle del Progreso. Mi marido había ido de jovencito para abrir la puerta y hacerle los recados, pero lo fue enseñando a poner inyecciones porque él tenía mucha maña y era muy inteligente. Ese señor estaba casado con una señora de Pontevedra que era de la droguería de la calle de la Oliva y se fueron para allá. Este señor le dijo a mi suegra que se quería llevar a mi marido para allá y mi suegra lo dejó ir, porque aún era un niño que tenía catorce años. En Pontevedra, que es pequeñito, nos conocemos todos. Un amigo de él era el novio de una de esas primas que yo vivía con ellas y ya éramos de la pandilla, cuando nos hicimos novios. Pusimos un negocio, pero lo cerramos porque nos fue mal y quedamos empeñados. Entonces nuestro hijo mayor tenía un amigo que se había ido a Suiza y aquel amigo le consiguió un contrato y fue a Suiza. Yo le dije a mi marido: “vete para Suiza con él”. Pero

⁶ N. del E.: retornaron en 1931.

dijo que no, porque de la forma que nos había quedado el negocio lo podían prender porque quedara debiendo mucho dinero y entonces me dijo: “no, que de ahí me pueden traer. Me voy para Brasil que es mi tierra”. Pues muy bien, marchó a Brasil para ver si ganaba algo para pagar la deuda y mantenernos a nosotros, que yo quedaba aquí sola con seis hijos. Él contaba llevarnos para allá, que fueran primero los hijos mayores y después yo con los pequeños. Tenía la mamá de David dos años y ahora tiene treinta y nueve⁷. Estuvo cinco meses: se fue en febrero y volvió en julio, el día de San Benito. Al desembarcar conoció a un señor de Santos que trabajaba en la venta de libros por las casas, que allá eso da mucho dinero. Mi marido no tenía para donde ir y ese señor le dijo “pues ven para mi casa, que te alquilo yo una habitación, y si no encuentras nada, trabajas conmigo”. Y así lo hicieron, pero él tenía que hacer la mili allá, porque él tenía los dos pasaportes y lo querían meter a hacer la mili, si no, no podía trabajar. Viendo que tenía que hacer la mili, se metió de polizón en un barco, regresó a España y trabajó en el bar con su madre. Fue entonces cuando abrió aquí la Estrella Galicia y yo, por medio de una amiga, le encontré trabajo en la Estrella de Galicia y trabajó allí hasta que se retiró⁸.

Y después, como había que pagar esa deuda, yo me fui para Suiza con los dos hijos mayores, porque yo tenía una amiga que estaba trabajando en el hospital de Lausana y me dijo: “tu vienes que yo te prometo que te doy trabajo en el hospital de Lausana”. El abuelo vino en junio y yo me marché en septiembre, pero no me admitieron al llegar a Ginebra, porque yo iba sin contrato y llevaba a dos menores, uno era de 17 y otro de 16. Yo tenía una conocida en París y sin haber oído nunca decir un ‘oui’, les dije yo a mis hijos: “Yo no vuelvo para casa hasta que le pague la deuda a papá. Esto hay que solucionarlo. ¿Vamos a París, hijos?”. “Vamos, mamá”. Cogimos el tren y nos fuimos a París. Aquella señora que yo conocía nos recibió muy bien y me buscó una casa donde trabajar de asistenta, me pagaban una hora de trabajo con la habitación. En esa habitación dormían mis hijos y yo dormía con la señora aquella, hasta que ellos encontraron trabajo. Empezaron de limpiacristales a las cuatro de la mañana, pero allá son unas temperaturas muy frías y uno de ellos, Ramón, el que está en Suiza hoy, se me congeló. Yo trabajaba en casa de un médico que me lo atendió y se salvó. Después llevé otro hijo más, los tres mayores que son varones. Después, ellos trabajaban en la construcción y claro, aunque era duro, era más benigno. Yo les hacía la comida, después de trabajar, para que ellos la llevaran en esas cosas que hay para tenerla caliente. En Francia estuve cuatro años trabajando y, cuando me vine de París, no había acabado de pagar la deuda. Entonces me fui por Emigración a trabajar en un restaurante de Kleine Scheide, en la Suiza alemana. Allí hasta en agosto nieva. Estábamos a tres mil metros de altura y nos ponían unas estacas clavadas en el suelo y un cordel muy atado para que nos cogiéramos al andar y que no nos llevase en viento. Yo las pasé canutas. Mi marido quedaba aquí trabajando en el bar para poder alimentar a los que quedaban, porque si él se iba para allá, lo que yo ganara sería para comer nosotros y ¿cómo pagábamos la deuda?. Lo hablamos muy hablado y fui

⁷ N. del E.: marchó en febrero de 1963.

⁸ N. del E.: la informante se refiere a la empresa Cervezas San Martín, que se instaló en el polígono industrial de San Cibrao das Viñas por aquellos años y acabó siendo comprada por la empresa Estrella Galicia, fundada por un retornado de México.

por Emigración a Suiza, pero allí no podía estar. Era una altura que te ahogabas en la cama y siempre nieve, siempre nieve. Marché en septiembre y vine en mayo. Pero una chica que venía a coser aquí tenía un primo en Suiza, más arriba de Montreaux, le escribí y me mandó un contrato. Allí ya fui con contrato y estuve trabajando de *femme de chambre* en el Hotel Victoria, que es un hotel de primera. Trabajé después en la clínica Belmont y allí atendí al presidente de Pakistán, al que asesinaron, que la hija fue luego presidenta⁹. Así fui la *femme de chambre* de Benazir Bhutto y también de una nieta del *Negus*, que era la cosa mas sencilla del mundo. Así estuve trabajando cinco años en Suiza y cuando pagué todo, me vine. Tenía la madre de David once años. Yo dejé a mi hija con dos años y la encontré con once, ¿y a mí, esos años quién me los da?

En París era de locura, porque yo no sabía cómo había que decir ‘oui’, yo me volvía loca, para decir sombrero, decían ‘chapó’ y ponían ‘chapeau’. Además, trabajaba en varias casas por horas, cogía el metro y mi hijo mayor, que había estudiado y sabía un poco, me decía: “mamá, tienes que pasar tres estaciones y en la cuarta te bajas”. Tenías que andar corriendo siempre. En Suiza era mejor el trato y mejor el trabajo en ese hotel, me daban la habitación allí, me ponían la comida en la mesa y yo no tenía que hacer nada más, era mucho más tranquilo. Yo venía a pasar unos meses aquí, a lo mejor pasaba cinco o seis meses aquí. Pero estuve once años fuera, y lo más bonito de mi hija lo perdí. Conseguí lo que iba a buscar, que era dinero para pagar aquella deuda. Pero se pasan muchas, porque hay que ir a trabajar en lo que los de allí no quieren. Yo siempre tuve que trabajar de ‘muchacha’ y, ya le conté, que a mí en Ginebra me echaron para atrás, como echan aquí a los de las pateras.

⁹ Era pues, la camarera de Alí Bhutto y su hija Benazir.